

Madre María Amparo del Sagrado Corazón de Jesús

Boletín informativo
2º semestre 2022
N.º 103



*Si supiéramos lo que debemos
al Espíritu Santo,
¡cuánto más le amaríamos!*

CÓMPLICES DEL ESPÍRITU SANTO

La Encíclica Lumen Gentium del Concilio Vaticano II nos recuerda el don y la tarea de todo cristiano: «Los bautizados son consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo por la regeneración y por la unción del Espíritu Santo, para que por medio de todas las obras del hombre cristiano ofrezcan sacrificios... Por ello todos los discípulos de Cristo, perseverando

en la oración y la alabanza a Dios han de ofrecerse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios».

Es la llamada universal a la santidad: «Sed santos pues vuestro Dios es santo».

Seguramente en un primer momento parezca algo lejano, imposible de alcanzar por nuestras propias fuerzas. A menudo nos topamos con nuestra limitación,

debilidad, pecado y quizá caemos en cierto desaliento o desesperanza : «¡Me encantaría pero... esto no es para mí!», y no caemos en la cuenta de quién es nuestro compañero y el verdadero protagonista de nuestra historia, de nuestra vida: el **Espíritu Santo**. Quizá nos planteemos entonces...: «¿En qué consiste nuestra misión?» Pues, ni más ni menos, que en ser sus cómplices, dejando que sea él quien obre y no entorpeciendo su acción santificadora en nuestra alma.

Por el bautismo, el Espíritu Santo nos ha constituido hombres nuevos, viene con su gracia a darnos la verdadera vida, la vida de la gracia. Se nos borra el pecado original, nos hace hijos de Dios, miembros de la Iglesia y **templos suyos**.

Durante bastante tiempo, la persona del Espíritu Santo ha permanecido en la sombra, tanto es así que se le ha llamado «el gran desconocido».

A raíz del Concilio Vaticano II, ha surgido lo que se ha definido como «el despertar del Espíritu».

Ese mismo Espíritu que aleteaba sobre las aguas y que Dios sopló sobre el hombre para dar vida en la creación; ese mismo Espíritu que empujó a Jesús al desierto , que exhaló al entregar su vida en la cruz y que derramó sobre los apóstoles

en Pentecostés, es el que por el Bautismo habita en nuestro corazón y que Jesús prometió que permanecería junto a nosotros todos los días hasta el final de los tiempos.

Por la Biblia sabemos que Jesús obra siempre por inspiración y a impulsos del Espíritu Santo, lo mismo que la Santísima Virgen. Él es el principal animador de nuestra vida sobrenatural, es la fuerza que

nos impulsa a recorrer el camino de la santidad.

Esta presencia viva del Espíritu Santo se refleja notablemente en la vida de los santos. San Basilio lo resume en esta frase: «El Espíritu es el lugar de los santos y el santo es el lugar del Espíritu».

Madre María Amparo, a lo largo de toda su vida, experimenta la presencia de la Santísima Trinidad en su alma.

El Señor, ya desde la infancia de la niña Amparo, obraba en ella como él quería: «Después de la Primera Comunión fue cuando nuestro Señor se hizo presente en mi alma, para hacerme obrar como Él quería, y de tal modo se introdujo en mí y se apoderó de mi voluntad que no usaba de mi libertad... Él quería ser el dueño de mi corazón».

El silencio
es el medio
por el que se
nos comunica
el Espíritu
Santo

Muy pronto la gracia divina empezó su obra de santificación en esta alma y, a pesar de su corta edad, fue fidelísima a la mínima insinuación de su divino maestro y director, como ella lo llamaba.

«Este Espíritu que obra en mí... no me permitía dar a mi espíritu ocupación distinta de la que él me proponía, ni tampoco podía mover en mi corazón afecto alguno sino como él quería».

En el camino a la santidad, la iniciativa y la actividad principal es divina: por inspiración del Espíritu Santo. La respuesta del cristiano, en **docilidad** y **fidelidad** es determinante para la propia santificación.

Cuando dejamos al Espíritu Santo que tome posesión de nuestra alma esta ya no actúa, es él el que obra por ella.

¿Cómo actúa el Espíritu Santo? y ¿por qué habiendo recibido el mismo Bautismo sólo algunos alcanzan esa santidad a la que todos, sin excepción, estamos llamados?

En el libro *Ven, Espíritu creador*, el padre Rainiero Cantalamesa nos explica que, en la Sagrada Escritura, podemos ver cómo el Espíritu actúa y se manifiesta de dos modos:

El primero lo denomina **carismático**. Es cuando el Espíritu irrumpe sobre ciertas personas, en determinadas ocasiones, haciéndolas capaces de acciones o servicios

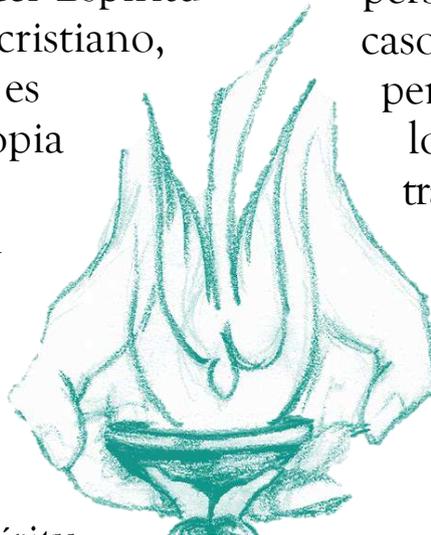
que están más allá de las posibilidades humanas, y culmina en lo que se denominan carismas, dones y operaciones del Espíritu.

El otro modo es el que denomina **santificador**: actúa por medio de los sacramentos, la Palabra... y culmina en la **caridad**.

La diferencia fundamental entre ambos modos es que en el primero la acción del Espíritu pasa a través de la persona que lo recibe, pero repercute más en provecho de la comunidad que en él personalmente. En el segundo caso, la acción del Espíritu permanece en la persona que lo recibe, renovándola y transformándola interiormente.

En la persona de madre María Amparo se pueden reconocer con facilidad ambas manifestaciones. Siendo una persona sencilla y sin cultura, tenía una comprensión cierta, gran penetración de las cosas sobrenaturales, un «olfato espiritual delicadísimo» para distinguir el error y guardar la verdad con seguridad tal que no cabía la menor duda ¿De dónde venía todo esto? ¿De sus estudios? No, porque no los tuvo.

Extraemos de una carta: «Una luz misteriosa se ilumina en mi alma o mi entendimiento y, sin saber cómo, me encuentro contemplando a Dios y todo lo que Él quiere...».



Y en otra ocasión escribe: «Vi con más claridad que nunca el inefable misterio de la Santísima Trinidad, veía la esencia una, las personas tres, al Padre como principio, al Padre y al Verbo como principio del Espíritu Santo».

Elegida abadesa muy joven, gobernó acertadamente la comunidad, y a cada una de sus hijas daba oportunamente lo que necesitaba para su alma. Sus sabios consejos se extendían más allá de las rejas: «Siento en el alma un conocimiento tan penetrante, que sin ver con los ojos a las personas, las veo en el espíritu (me parece) y comprendo en el estado que están, qué piensan y qué es lo que quieren decir, con una precisión que, cuando el Señor me obliga a hablar, lloran y ríen de devoción las personas a quienes me dirijo».

Daba a cada uno de los que a ella se acercaban lo que más necesitaba su alma. Hasta su propio director, el P. Arintero, gran teólogo le consultaba cosas de su espíritu.

Era tal su unión con el divino consolador que cuenta: «Me pareció sentir como una avenida de paz y de amor que llenaron mi alma de gracias y consuelos indecibles. Me pareció reconocer sensiblemente la impresión y estancia del Espíritu Santo en mi alma y, con ella, efectos admirables de su presencia, mayores dulzuras, mayores favores y mayores deseos de padecer».

Los santos no se conforman con vivir ellos solos la santidad: su celo

por la salvación de las almas es tal que ponen todos los dones y carismas al servicio de y se esfuerzan para que los demás lleguen a esa cumbre de felicidad, y con sus ejemplos y palabras no se cansan de exhortar, animar, empujar.

Benedicto XVI, en una homilía del 20 de julio del 2007 señala: «El Espíritu Santo nos impulsa hacia los demás, enciende en nosotros el fuego del amor, nos hace misioneros de la caridad de Dios, nos hace capaces de amar al prójimo y prontos para ponernos a su servicio».

En otra de sus cartas a su director espiritual le abre su corazón: «Siento en mi interior una fuerza vivísima que reclama mi mediación en esto del bien de las almas, y se conoce que para que obre con más seguridad, además de mostrarme el Señor su complacencia de modos regaladísimos, me hace ver (en las almas) todo tan claro y tan explicado, que no puedo dudar que Él quiere que le ayude en la divina empresa de la santificación de las almas».

Y en otra ocasión: «Me sentía inflamadísima, con un ardor sagrado para resolverme a abrazar toda la perfección y todos los sufrimientos; sentí un dolor infinito de mis pecados y me manifestó muchos secretos que me imprimían ardientes deseos de la salvación de las almas, dándome a entender que a muchas había apartado del camino de la perdición por mi medio», confiesa.

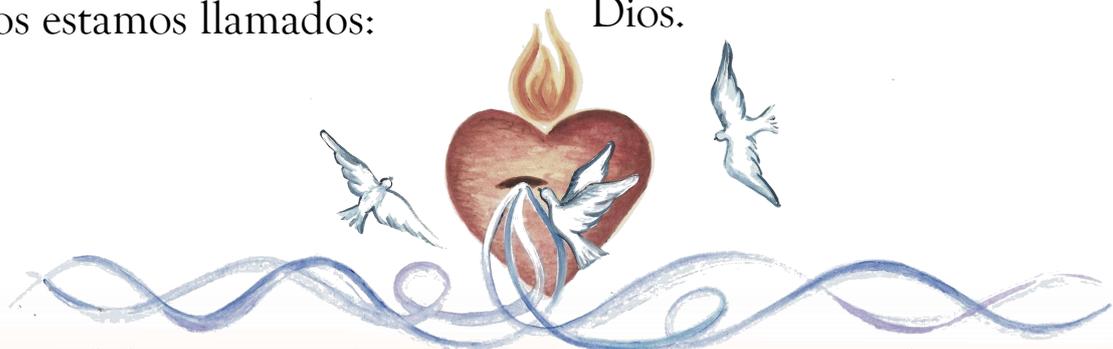
Esos dolores, sin embargo no le quitan la paz del alma, sino que vienen unidos a consolaciones, gozo, caricias, dulzura y gracias indecibles, fruto del Espíritu Santo.

«Si conociéramos los dones que trae al alma, con cuánto más fervor le invocaríamos y desearíamos recibirle como conviene. Es cosa que me da pena cada vez que la considero, el ver lo poco conocido y poco amado que es el Espíritu Santo en su propia personalidad».

Animándonos a mirar siempre hacia lo alto, madre María Amparo nos exhorta a vivir la vocación a la que todos estamos llamados:

«La santidad no es tan difícil como creemos. Es un SÍ amorosísimo que la criatura dice sin cesar al huésped de nuestras almas».

Recorramos el camino hacia nuestra verdadera meta, el cielo, de la mano de nuestra madre la Virgen María, el gran imán del Espíritu Santo. Con confianza le pedimos nos enseñe su finura de oído para acoger con docilidad las mociones del este dulce huésped para que, tomando posesión de todo nuestro ser, pueda transformar nuestras vidas y se realice en cada uno el plan de Dios.



"La gracia del Espíritu Santo, no es algo que podamos merecer o conquistar; podemos sólo recibirla como puro don. El amor de Dios puede derramar su fuerza sólo cuando le permitimos cambiarnos por dentro. Debemos permitirle penetrar en la dura costra de nuestra indiferencia, de nuestro cansancio espiritual, de nuestro ciego conformismo con el espíritu de nuestro tiempo. Sólo entonces podemos permitirle encender nuestra imaginación y modelar nuestros deseos más profundos. Por esto es tan importante la oración: la plegaria cotidiana, la privada en la quietud de nuestros corazones y ante el Santísimo Sacramento, y la oración litúrgica en el corazón de la Iglesia. Ésta es pura receptividad de la gracia de Dios, amor en acción, comunión con el Espíritu que habita en nosotros y nos lleva, por Jesús y en la Iglesia, a nuestro Padre celestial. En la potencia de su Espíritu, Jesús está siempre presente en nuestros corazones, esperando serenamente que nos dispongamos en el silencio junto a Él para sentir su voz, permanecer en su amor y recibir «la fuerza que proviene de lo alto», una fuerza que nos permite ser sal y luz para nuestro mundo".

BENEDICTO XVI

RECUERDOS



Un semestre más nos adentramos en la figura de madre María Amparo a través de los recuerdos recogidos de madre María de Jesús Amor Misericordioso. En esta ocasión nos cuenta varias anécdotas a raíz de la solemnidad de Pentecostés. La primera, en mayo de 1937: «Nos dijo nuestra amadísima madre que el Espíritu Santo ha venido a nosotras; que a unas las ha

llenado más, a otras menos, pero que todas tenemos (o hemos recibido) el Espíritu de Dios. Dijo que el venir el Espíritu Santo a nuestras almas no es tan solo el día de Pentecostés, pues el Espíritu del Señor sopla dónde y cuándo quiere. Y añadió una cosa muy digna de notarse, con la que, sin querer, se retrató a sí misma esta madre bendita. Dijo, pues, que nuestro Señor comunica a los suyos, a sus íntimos, un don que puede llamarse don de lenguas, y es que hablando esas almas con su manera de hablar propia y sencilla, lo entienden todos los que lo oyen “en su propia lengua”, es decir, que a cada uno le produce un efecto particular y distinto de los demás, a cada uno según su situación, según las necesidades curando sus llagas y consolando sus penas».

¡Ah!, ¡y cómo resplandece este precioso don del cielo en nuestra madre querida! Bien lo podemos decir sus hijas que lo sabemos por experiencia, ya que tantas veces hemos salido del capítulo o de la recreación, o de una simple conversación con nuestra madre, corregidas y enseñadas, confortadas y curadas de nuestros males.

«No debemos olvidar que somos casas de Dios y templos del Señor, pues le estamos consagradas por nuestra profesión religiosa».

Con motivo de cualquier ocasión, se valía nuestra madre para instruir, alentar y hacer vivir en Dios a nuestras primeras hermanas: *«Nuestra madre nos ha insistido mucho acerca de la guarda del santo silencio. Nos ha dicho que el silencio nos dispone para recibir muchas gracias de Dios. Y que con una palabra que digamos sin necesidad, disgustamos al Espíritu Santo, y es un obstáculo que ponemos a su gracia».* Era tal su fidelidad que se fijaba en los detalles más pequeños. Nos cuenta madre María de Jesús: *«Un día, cerca ya de la fiesta de Pentecostés, nos enseñará a cerrar las puertas “con cuidadito” para “no asustar al Espíritu Santo, que está deseando venir”.*

Sin duda, esta querida madre buscaba la santificación de las hermanas y la de la comunidad naciente.



TESTIMONIO

SOR MARÍA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES

Desde bastante pequeña oí hablar de nuestra queridísima madre y de su santidad, pero todo lo que decían era un pálido reflejo de lo que he tenido la dicha de palpar y ver con mis propios ojos.

El año 1838, creo que fue estando interna en el Colegio de San Antonio en Durango, (aún no conocía a nuestra madre), tenía ya deseos de venir a esta santa casa. Llevaba unos días con muchas dudas y temores sobre mi vocación; cuando uno de aquellos días fue tío Patricio a visitarnos y me llevaba un recadito de nuestra madre en que me decía: «Que esté firme en su vocación; que son muchas y muy grandes las gracias que nuestro Señor le tiene reservadas en esta santa casa». Nada más leer aquello, sentí una paz y tranquilidad tan grande, que se me quitaron todas las dudas y temores. Otra vez me mandó también otro recadito en que me decía: «Guarda muy bien guardadito en tu corazón los deseos de venir a esta santa casa, para que nadie te los robe».

La primera vez que vi a nuestra madre fue el 7 de marzo de 1939, que vinimos a la profesión de sor María Bautista. En cuanto la vi me encantó, aquella mirada tan celestial, que penetraba; aquella sonrisa tan de cielo. Después estuvimos solas con nuestra madre. Yo no sé lo que sentía: era un gozo, un bienestar que no se puede explicar, y no pude menos de decirle: «¡Madre, qué bien se está a su lado!». Y me contestó con una humildad y sencillez encantadora: «Si al lado de un arroyito se está bien, ¿qué será estar al lado de Dios?».



El día de su toma de hábito

Como tenía yo alguna duda de si sería voluntad de Dios que viniera aquí, le pregunté si sería esa la voluntad de Dios, y me dijo, con aquella delicadeza, tan persuadida y segura de que era esa la voluntad de Dios, nunca lo aseguraba: «Yo creo que sí, hija mía». ¡Me entró entonces una seguridad tan grande de que Dios me quería aquí!, lo mismo que si hubiera bajado nuestro Señor del cielo a decírmelo.

«Siempre sufriendo y con enfermedades y dolores terribles, y a pesar de todo, siempre preocupándose de todas y de todo; era el alma y la vida de esta casita. Todo lo llenaba».

Su virtud característica era la caridad; en esta hermosa virtud era admirable; conmigo la ejerció de una manera extraordinaria, ¡cuánto me soportó y con cuánta dulzura!

Era esta madre querida, observantísima y amantísima de nuestra Seráfica Orden. Su celo por la salvación de las almas era incomparable, y el deseo de que adelantásemos en la perfección, la consumía; no perdía ocasión de enseñarnos e instruirnos en la práctica de la virtud y en las cosas santas, y lo hacía con tanta sencillez, que nos lo ponía al alcance de todas.

Su humildad era profundísima; cuando hablaba de sus grandes maravillas, lo hacía en tercera persona, o contándolo como si fueran sueños, y quitándole importancia, diciéndonos: «No se os puede contar nada, porque después creéis que soy yo».

La devoción favorita de esta madre querida era el Corazón de Jesús; hablando de él salía de sí. Por mucho que diga, nunca diré bastante de lo que era aquella madre del alma. Su recuerdo jamás se borrará de mi corazón.

En el momento de morir, en medio de la pena grandísima sentí una gran paz y consuelo en mi alma. Siento palpablemente su protección y me ha concedido muchas gracias que le he pedido.

Puedo afirmar sin temor a exagerar que nuestra madre era santa y muy santa. Para mí la mayor que hubo.

CONSEJOS ESPIRITUALES



«El Espíritu Santo es enemigo de dilaciones y tardanzas en las obras que Él inspira; y si desea agradarle debe obedecerle con prontitud y eficacia y gusto, alegrándose de poder servirle en la ejecución de sus designios».

«Cada día, al abrir nuestros ojos a la luz, nos ofrece y nos brinda la divina unión tres hostias: la Hostia eucarística, que encierra el cuerpo y el alma de Jesús y toda la plenitud de su divinidad; la hostia del dolor, que encierra también a Jesús, según aquella palabra del Espíritu Santo: “Con él estoy en la tribulación”; y la hostia del momento presente o del deber, que encierra la voluntad divina y, en ella, la vida de su Divino Corazón».

«De la paz procede la dulzura interior o del espíritu. Lograré la dulzura de espíritu por medio de la práctica constante de la paciencia».

«Mucho me importa para santificarme llevar bien, es decir, con paz y dulzura de espíritu todas las cosas que me mortifican, pues es el medio más eficaz para sacar provecho de ellas».



GRACIAS CONCEDIDAS POR INTERCESIÓN DE M. MARÍA AMPARO

Se puede decir que una cosa está "perdida" de muchas maneras. Por privación, por fracaso o por desesperación, como un alma o una causa perdidas. El monasterio de Cantalapiedra está "perdido", sí, pero en el sentido de que está geográficamente alejado del "mundo" en el que se desarrollan los supuestos acontecimientos importantes. Este monasterio es uno de los muchos lugares privilegiados que salpican la tierra donde se puede pregonar el aire cielo.

Pero este monasterio no es exactamente como los demás, pues ha sido el mismo Corazón de Jesús quien ha querido edificarse aquí su casa, por medio de la madre Amparo; y las religiosas que el Amor misericordioso ha ido trayendo a su hogar están llamadas a unirse de manera especial a Jesús -a su entrega por nosotros- con su vida de pobreza y por el don de sí mismas; y esto se convierte en una realidad casi palpable para los que nos acercamos a las puertas del monasterio.

Esta gracia la tuvimos mi esposa Marie-Béatrice y yo, hace unos meses. Nuestros cuatro hijos nos ofrecieron, como regalo de Navidad, un viaje a Salamanca para que pudiésemos ir a Cantalapiedra. Un regalo algo peregrino de idea y devoción, a primera vista. Bien sabían nuestros hijos la alegría que iba a ser para nosotros, que lo deseamos desde que conocimos su existencia por medio de la figura del padre Juan González Arintero, director espiritual de madre María Amparo y cofundador de la comunidad, cuyos restos descansan en la iglesia conventual.

Era un hermoso domingo soleado de enero. Asistimos a la Santa Misa. Tanto el reducido número de fieles como el sagrado silencio del santuario facilitaban la meditación y la escucha interior. Nada impedía percibir la presencia del Señor y la de los fundadores, que parecen habitar todavía la casa y velar por sus queridas hijas.

Después, la madre y varias de sus hijas nos invitaron a pasar al locutorio. ¿Cómo expresar la alegría interior de este trato tan afectuoso y fraternal, que todavía no puedo recordar sin una intensa emoción? En esos momentos de trato privilegiado con las hermanas he descubierto que, por su vocación, ellas tienen la misión de derramar el Amor inmenso de Dios sobre nuestras almas, muy a menudo tan heridas y afectadas.

¿Quién dudará de ello? Fue bastante difícil, de regreso a la iglesia, arrancarnos de este santo lugar, después de unas últimas oraciones ante las tumbas de la madre Amparo y del padre Arintero que besamos, agradecidos, antes de regresar a Salamanca y, luego, a París.

De la experiencia directa a la memoria; permanece ahora la presencia del monasterio en nuestra vida, y a sus moradoras confiamos nuestras penas y nuestras dificultades, que acogen como suyas, porque es su vocación recibir, compartir y ofrecer. Todo se convierte en un aliento para avanzar, esperar y volver a ponernos de pie cuando nos ocurre, demasiadas veces, que caemos. Gracias, Hermanas, por todo; gracias a su santa madre, que me da la impresión que se ha quedado con parte de mí para que permanezca en su lugar "perdido" de Castilla; y, por encima de todo, gracias al Sagrado Corazón, que a todos nos acompaña.

Patrick et Marie-Béatrice de Pontonx (Francia)

Queridas hermanas: tengo un cuñado en Madrid al que le apareció un grano canceroso en la frente. Recé a madre María Amparo y le ha desaparecido.

Siempre la estoy invocando y me hace caso, esa es la verdad.

Muchísimas gracias a ustedes. Un afectuoso saludo y que Madre María Amparo las bendiga en todo.

Julia Zamarreño (Salamanca)

Mi nombre es Matheus y tengo 23 años. Conocí la vida y espiritualidad de la venerable madre María Amparo a través de las redes sociales, y me llamó la atención el rostro de la madre y decidí escribir al monasterio para conseguir algún material y reliquias. Me alegré mucho al recibir el material porque, de alguna manera, tengo una nueva amiga e intercesora en el cielo.

Desde niño me gusta investigar sobre la vida de los santos y temas relacionados con la religión, y profundizar en la vida de la Madre María Amparo me ha resultado muy fructífero.

Me llama la atención su vocación particular a rezar por los sacerdotes. Un amor profundo, un amor arraigado en su devoción al Corazón de Cristo. No sé si algún día seré sacerdote, pero sé que ahora tengo una amiga que me ayudará en el camino del discernimiento.

Me llamó la atención que las Clarisas de Cantalapiedra rezaran por el sacerdote que les pedí, y también que busquen a través de la oración, la penitencia y las obras de caridad, acercar a los demás a Dios.

Participo en actividades que ofrece un Centro Universitario del Opus Dei, y he visto que esta espiritualidad de Madre María Amparo es muy parecida a la que recomendaba san Josemaría Escrivá, que era hacer constante expiación de los pecados, orar por todos y acercar a otros a Dios. Me encomiendo a la intercesión de la Santísima Virgen y a la de mi nueva amiga del cielo, la Madre María Amparo, mis intenciones y de manera particular mi conversión, porque no es fácil ser un joven católico. Encomiendo una intención a los lectores.

Matheus Ziderick (Brasil)

¡Alabados sean Jesús y María!

La vida y el ejemplo de Sor María Amparo del Sagrado Corazón es verdaderamente una inspiración de santidad para todos. Movida por el Espíritu Santo, se dedicó al ministerio de intercesión por la Iglesia. Siguiendo el ejemplo de san Francisco y santa Clara, fue testigo creíble del Evangelio por su alegría, sencillez y humildad. Su ejemplo y enseñanzas nos mueven a vivir una vida arraigada en la fe, la esperanza y el amor y a confiar todo a la bondad y providencia de Dios. Ella es verdaderamente digna de nuestra veneración, y creemos en la fuerza de su intercesión ante Dios.

Quisiéramos solicitar algunas reliquias y materiales en inglés para difundir su veneración y reputación de santidad. Nos involucramos en ministerios como visitar a los enfermos en el hospital y en los hogares, enseñar catecismo a los niños y atención pastoral a los presos menores. Como ella, somos movidos por el Espíritu a vivir y proclamar la Buena Nueva sirviendo a los jóvenes y a los necesitados como catequistas laicos.

John Paolo Casal (Filipinas)

Cuando estuve triste, me enseñaste a saber abandonarme en Jesús y confiar en Él. Cuando estuve desesperada, me enseñaste a tener confianza y saber esperar, te pedí trabajo ,que era lo que necesitaba y me lo concediste, te pido que me ayudes a mantenerlo. Por todo ello, GRACIAS, madre María Amparo, pero, sobre todo, por haberme ayudado a saber confiar más en Jesús, a comprender que en la desesperanza está la esperanza, en el dolor, la alegría, y en la tristeza, el amor.

No me dejes de tu mano, ayúdame a seguir tu ejemplo y, sobre todo no permitas que pierda la esperanza que me has ayudado a recuperar.

L. Pascual.

Agradecen favores

Ivette Arostegui Moreno (Salamanca); Paquita Cáceres Zazo (Guipúzcoa); Pepita Benito (Salamanca); Andrés Pérez (Cádiz); Paco Martín (Madrid); M^a Dolores Naya (La Coruña); Misericordia García Tabarés (Valladolid); Julia Zamarreño (Salamanca); Lydia Sanz (Madrid); Lucía Rondina (Madrid); José Antonio González Sayans (Córdoba); Esther Calleja Barcia(Valladolid); anónimo (Cantalapiedra); José Laguna Menor (Sevilla); Ana Martín (Madrid); Jesús Montes Granados (Madrid); María Pilar Gutiérrez Carreras (Madrid); José Carlos Álvarez García (Cádiz); María Salud Embuena (Valencia); Gonzalo Fernández Hernández (Asturias); María del Carmen Rojo (Madrid); Rosario Abril Raymundo (Valladolid); Cristina de Vega (Salamanca); Asunción Josefa Barbero (Salamanca); Trinidad Rivera Benito (Valladolid); Luisa Varela (La Coruña); Clemencia Andrés Torres (Madrid); Pilar Barba González (Madrid); Natalia Figueroa(Huelva); Adam Augusto (Filipinas); Jaime Antunes Henriques (Portugal); Fernando Paul Castro (Filipinas); John Paolo Casal (Filipinas); María Ortiz (Inglaterra); César Dávila (México); Richmel Mendoza (Filipinas); Javier Gerardo Sánchez Aguilar (Costa Rica); Brandon Andrey Montoya Silva (Colombia); Patrick de Pontox (Francia).

Nota: Aprovechamos el boletín para agradecer de todo corazón los donativos enviados para la Causa, pues no siempre hemos podido hacerlo por escrito por carecer de su dirección. Si pudieran indicárnosla al hacer el donativo, les quedaríamos muy agradecidas.

Biografía breve



Nació María Amparo en la villa de Cantalapiedra (Salamanca) el 30 de octubre de 1889. Alma privilegiada desde su infancia, al hacer su primera comunión sintió fuertes deseos de *«ser toda de Dios y toda para siempre»*.

Con diecinueve años ingresó en el Císter de Arévalo, mas su falta de salud la obligó a salir poco después. En el retiro de su casa paterna continuó una intensa vida de oración y pruebas espirituales, que la condujeron hasta la experiencia mística del desposorio espiritual con la Santísima Trinidad el 15 de agosto de 1912.

Algo mejorada su salud, ingresaba en el Monasterio del Corpus Christi de Salamanca el 19 de mayo de 1913. Allí fue avanzando en la vida religiosa, aunque sin olvidar aquella visión que tuvo a los diez años de edad en la que Jesús le mostró un monasterio fundado sobre un río de gracias que brotaban de su mismo Corazón y al que llegaban a beber innumerables almas. Ella era la destinada por Dios para fundar ese monasterio en su villa natal de Cantalapiedra, con el fin de consolar, amar y reparar al Corazón de Jesús, y rezar particularmente por la santificación de los sacerdotes y las almas consagradas.

Y, en efecto, el 31 de mayo de 1920 comenzaba la andadura del Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús de Cantalapiedra, contando con la eficaz ayuda del padre Juan González-Arintero, O.P., y del párroco de Cantalapiedra, don Ambrosio Morales Manzano.

Madre María Amparo fallecía el 6 de julio de 1941, dejando, además de una floreciente comunidad de clarisas, una estela de santidad, reconocida ya por la Iglesia en la heroicidad de sus virtudes, a la espera del día de su beatificación.



Publicaciones

- *Cuando el Amor es entrega*. Biografía. PALOMA TENA. P.V.P. 9 €
- *Una obra de amor. Epistolario entre M. María Amparo y el P. Juan González-Arintero*. P.V.P. 10 €
- *Espigando*. Anécdotas. P.V.P. 2 €
- *La estigmatizada de Cantalapiedra*.
Espiritualidad. P. GASPAR CALVO, O.F.M. P.V.P. 4 €
- *La santidad una amable manera*.
Espiritualidad. P. GASPAR CALVO, O.F.M. P.V.P. 4 €
- *Trigo de Dios*. Pensamientos. P.V.P. 2 €
- *Pétalos*. Pensamientos. P.V.P. 2 €

Para agradecer favores, enviar limosnas, pedir libros, novenas, reliquias y propaganda, escribir a:

CAUSA DE BEATIFICACIÓN MADRE MARÍA AMPARO
Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús

Paseo de la estación 24

37400 – Cantalapiedra (Salamanca) – España

Tel: 923530039 / E-mail: mmariaamparosc@gmail.com

Los donativos y la compra de libros por medio de: Giro postal o bien

c/c: ES300075 5701 2106 0354 6944 BiC: BSCHEMXXX

S 711-1981

Para recibir el boletín de manera gratuita, debe rellenar:

El abajo firmante, D.con

N.I.F.....,y domicilio.....

.....de conformidad con lo establecido en la Instrucción sobre Protección de Datos Personales de la Diócesis de Salamanca, aprobada por el Obispo de la misma mediante decreto del día 21 de enero de 2020, por el que se aplica la normativa en concordancia con lo dispuesto en la Ley Orgánica 3/2018, de 5 de diciembre, de Protección de Datos Personales y garantía de los derechos digitales, por medio de este documento **autorizo** al Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús (Clarisas, Cantalapiedra) **para el tratamiento de mis datos** personales a fin de que puedan ser incorporados al Fichero de datos personales de dicha comunidad. Éste garantiza la confidencialidad de mis datos y que éstos no van a ser utilizados para finalidades distintas a las indicadas.

En....., a de 2022.

Firma

